

CONCEPCION BONA

In Memoriam

Por: Mons. Hugo Eduardo Polanco Brito

Esta vetusta Iglesia de Nuestra Señora del Carmen y de Jesús Nazareno, como madre amorosa, recibe a una de sus hijas: MARIA DE LA CONCEPCION BONA Y HERNANDEZ. Nacida en la actual Calle El Conde, en lo que se llamó Navarijo, en el “bohío donde fue construida la primera bandera dominicana”.

Como a todos los habitantes de esa parte de la antigua Ciudad Primada de Santo Domingo, María de la Concepción le atraía la belleza de la imagen del Nazareno, mirando al Cristo cargando con la cruz de los pecados de la humanidad. A las muchachas del barrio les encantaba asistir a los cultos y sobre todo a la procesión de la Virgen del Carmen; y a los 14 años ella asistió a dicho evento religioso, mientras los primeros Trinitarios ofrecían juramento de fidelidad a la que debería llamarse “República Dominicana”. Posiblemente ella no se dió cuenta de lo que sucedía en la casa de Juan Isidro Pérez. Estaban reunidos frente a frente a la Iglesia del Carmen, para eludir la vigilancia haitiana.

María de la Concepción comenzaba a escuchar palabras misteriosas, que prácticamente no entendía; pero las circunstancias de la vida le concederían un papel importante que jugar: ella iba a confeccionar la “Primera Bandera Nacional”. y sus manos ágiles y puras la iban a construir. Ella había nacido en este vecindario el 6 de diciembre de 1824 y recibió las aguas lustrales del bautismo diez días más tarde en la Catedral Primada.

Casi cumplía los 20 años, y ya era parte activa en los conciliábulos y reuniones de esas personas, como creían los dominadores, que se congregaban para estudiar, pero sólo



existía en esa valiente juventud el ideal de llegar a conquistar la libertad de la Patria, avasallada por botas extranjeras.

Para una joven de esa época no había peligro, porque la figura de uno de esos jóvenes trinitarios daba sentido de confianza y responsabilidad. Juan Pablo los había reunido junto a un sacerdote recién llegado. Su estatua domina la Plazoleta de esta iglesia, pero fue principalmente desde la vecina Regina Angelorum donde el Padre Gaspar aparentaba ser solamente un profesor de filosofía, pero iba sembrando la semilla de la libertad en ellos. No hay constancia de que muchachas asistieran a estas reuniones, pero sí es posible que un grupo de ellas tuvieran muy atentas a lo que pasaba entre sus amigos y novios.

Mucho se ha escrito sobre el origen de la Bandera Nacional, pero no existe una documentación que nos demuestre el pensamiento de Duarte, sino que se determinó cruzar la bandera haitiana con una cruz blanca, símbolo de redención, de paz, y se dijo que los colores escogidos eran los que ostentaba la imagen de la Virgen de Altigracia. A pesar de que había sastres en el país, que hubieran podido ser los fabricantes de esa enseña, la memoria de todo el país es que fueron mujeres las que con sus manos delicadas tejieron la primera bandera nacional, como la que hizo Concepción Bona, y que ondeó gloriosa en el Baluarte del Conde, después del trabucazo de Mella, despertando a la ciudadanía y anunciando al mundo que nacía la República Dominicana.

Muy cerca del baluarte vivía la familia Bona Hernández, y es posible que desde la misma puerta de aquel bohío, María de la Concepción, que era la primogénita, rodeada de sus otros hermanos contemplara la escena de fervor patriótico que se desarrollaba tan cerca del hogar paterno, y ella con íntima satisfacción viera batida por el viento de la libertad la bandera que sus manos habían ido tejiendo en el silencio del hogar y en el silencio de la conjura.

Don Alcides García escribió que "la única tradición que existía entre los hombres que proclamaron la República relativamente al orgien de la primera bandera que se enarbó en la Puerta del Conde, dice que esa enseña fue labrada en fina tela con patriótico entusiasmo y nerviosidad femenil por una de las vecinas más gallardas del Baluarte, la señorita Concepción Bona... Acompañaba a la mencionada dama, en tan envidia-



ble tarea, su prima la señorita María de Jesús Pina”, a la cual hoy queremos rendir un tributo de recuerdo público, pues María de Jesús perteneció a una familia de patricios, de Hombres de la Puerta del Conde.

Cuando Dios creó al hombre, lo hizo varón y hembra, a imagen suya, a imagen de Dios los creó (Génesis 1,27). Desde ese momento, el hombre comenzó su camino sobre la faz de la tierra, caminar que ha sido largo, desde los incógnitos momentos oscuros de las edades geológicas hasta que vivimos en la era de fusión del átomo y del viaje a la luna. Se cumple lo que habría reflexionado el Señor, cuando en la construcción de la Torre de Babel, se dijo: “El hombre se ha propuesto esto, y nada le impedirá llevarlo a cabo” (Génesis, 11,6).

El hombre no ha hecho ese largo camino solo, aunque sí muy a lo machista, por el afán de dominio, pero la Escritura Sagrada afirma que cuando Adán estaba solo no había “ayuda semejante a él” y el Señor Dios creó a la mujer (Génesis, 2,20-23).

Así sucedió con una pléyade de ilustres mujeres que supieron unir sus esfuerzos y su cariño a una obra que necesariamente debía contar con su presencia. Algunas de ellas se conocen en los anales nacionales, como María Trinidad Sánchez, las Hermanas Villa en La Vega, que hicieron la bandera nacional que ondeó en aquella ciudad del Camú; Manuela Díez y Rosa Duarte, madre y hermana del Padre de la Patria; Chepita Pérez de la Paz, que recogía a los jóvenes trinitarios en su bohío frente a esta Iglesia del Carmen; María Baltazara de los Reyes, madre de Alejandro Acosta, nuestro primer Almirante, y que supo ocultar a Duarte, en los momentos más peligrosos de la persecución haitiana contra él en 1843; Ana Valverde, desterrada por los enemigos de Duarte, por su adhesión al Fundador de la República; Juana Saltitopa en Santiago; y otras más que debe la República ir honrando, como lo hace hoy con la heroína Concepción Bona.

Ese propósito de exaltar la gloria de estas mujeres está muy presente en el corazón y la mente del Sr. Presidente de la República, Dr. Joaquín Balaguer, como me lo acaba de manifestar hace poco, proponiendo a la Academia de la Historia someter a investigación la búsqueda de los restos de Baltazara de los Reyes.



Es un ejemplo para las de hoy la actitud de “aquellas mujeres en quienes se encarnó el amor a la República y su independencia, y que contribuyeron poderosamente a afianzar la obra de sus fundadores”. Hoy, a casi siglo y medio de aquella fecha gloriosa, la Nación necesita del amor de sus mujeres en la búsqueda del sendero que deba conducirla al encuentro de verdaderas salidas a los innúmeros problemas que la afectan.

Estamos ciertamente en la época más rica de toda la historia. Nunca habíamos tenido tanto dinero, ni tantas maneras de manifestar el bienestar material; pero ahora también se manifiesta una creciente cantidad de dominicanos que no tienen los elementos necesarios para llevar una vida digna de seres humanos, y que puedan pasar la vida sin los agobios apremiantes de la extrema pobreza, material y espiritual.

Son tantas las diferencias, que parecen dos países dentro de unas mismas fronteras. En estas actuales agobiantes circunstancias la República cuenta con el valor moral y el esfuerzo de sus mujeres, que sabrán emular a las heroínas de nuestra independencia, como hoy lo hacemos con María de la Concepción Bona.

Mirando el panorama nacional, no podemos ver a dos pueblos distintos luchando unos contra los otros por la división de los bienes que Dios ha creado y puesto en las manos del hombre, sino todo nuestro pensamiento y acción deben ser dirigidos hacia una meta común, que tiene que ser el bien de todos. En nuestro caso, debemos pensar y actuar como una sociedad entera donde se pueda vencer el subdesarrollo. Aquí, el papel de la mujer dominicana es esencial, porque ella es capaz, como madre, de tener una visión muy amplia, universal y de conjunto.

Cuando los Obispos del país aprobamos el Plan de Pastoral para estos últimos diez años antes del 5^o Centenario del Descubrimiento y del Inicio de la Predicación del Evangelio en estas nuevas tierras, pusimos como primer intento a la familia, confiando en que la entereza de nuestras mujeres daría la talla en la inmensa labor de rescatar a todo el pueblo de una situación de caída de los valores morales que se extiende por el mundo entero, sin que de ello se libre la patria dominicana.

Hay una serie de posiciones en las cuales las necesidades



y los derechos del hombre sufren quebrantos inenarrables. Hay violencia, porque se ha creído que sólo los bienes materiales y las ideologías han de constituir la finalidad máxima de muchos. Así sucede hoy entre nosotros, cuando se cree que hay que hacerse ricos, cueste lo que cueste, no importando nada, y se ha olvidado aquello que una vez nos dijo Jesús: "No sólo de pan vive el hombre. . ." (Mat. 4,4).

La mujer puede tener una influencia grande en la defensa y práctica de los derechos fundamentales del ser humano, como la libertad de conciencia, la libertad religiosa, el derecho a la educación de la familia, etc.

En la sociedad moderna, la mujer va adentrándose en el campo del trabajo y haciéndolo con eficiencia, aún en altos cargos directivos, donde se distingue por la responsabilidad en el cumplimiento de sus deberes en un pueblo que clama mucho por sus derechos y olvida frecuentemente sus deberes, como parte correlativa de aquellos.

Ella es capaz de luchar, de librar una batalla de nobleza por la justicia, por el verdadero bienestar del hombre, aunque no sea su esposo o sus hijos. Por sus manos pueden pasar dignamente los derechos de la familia, de los niños, de los enfermos y de los pobres de todo este país y de la humanidad entera.

Al honrar a la mujer, honramos también a aquella que fue "la Madre del Redentor", María del Carmen, como lo hizo nuestra homenajeadada y aquellas mujeres que se han mencionado.

María de la Concepción Bona y Hernández, desde esta Iglesia del Carmen, a donde ella y su familia acudían a venerar al Nazareno, pasa de la tumba fría y casi olvidada de nuestro antiguo cementerio, donde estuvo como cualquier otro mortal, al recuerdo de los inmortales, que descansan en el corazón y en la mente de todo un pueblo al ser colocados en el Panteón Nacional. Este acto se cumplirá dentro de poco, cuando desde este sagrado lugar marchemos hacia la Puerta del Conde, en cuya cima ondeó la bandera de Febrero de 1844, y entonces al despedirse ella de ese lugar tan conocido, pasará por última vez delante del solar del "bohío donde ella construyó la primera bandera nacional".

Que descanse en la paz del Señor/. Amén.



Arzobispo Hugo Eduardo Polanco Brito,
Obispo de Higüey,
Presidente de la Comisión pro traslado de los Restos
de Concepción Bona al Panteón Nacional.

Iglesia del Carmen y Jesús Nazareno.
25 de febrero de 1987, Día de la Bandera.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia